



CAPITULO DÉCIMOTERCERO

¿Qué es aquesto, mi señora?
¿Quién es el que os hizo mal?
Cancion. de Rom.

Largo tiempo hacía que Elvira, atada á la columna y sin poder pedir á nadie auxilio á causa del pañuelo que le tapaba la boca, esperaba con insufrible impaciencia á que la casualidad ó el trascurso del día le deparase un libertador que de tan crítica situación la sacase. Por fin llegó el momento deseado, y el paje que tanto había tardado en la averiguación de lo que se encomendara á su cuidado, abrió las puertas de la cámara que de prisión servía á la afligida hermosa. Miró en derredor y á nadie veía, hasta que, fijando los ojos en la columna, ofrecióse á su vista el espectáculo de su aprisionada prima. Asustóse primero y exclamó:

—¡Santo Dios! ¿qué ha ocurrido aquí?...

Mal podía responderle Elvira sino con los ojos; pero cuando vió el pajecillo que no parecía nadie, ni había asomos de peligro alguno, soltó la carcajada, impertinente á la verdad en aquel momento, y comenzó á dar brincos.

—¿Quién os ha puesto así, mi señora Elvira? ¿os ató el señor escudero por?...

Dióle lástima al llegar aquí el ver que su prima no parecía gustar de la prolongación de tan pesada chanza: llegóse entonces el atolondrado á Elvira, y desató sus crueles ligaduras.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó Elvira en viéndose libre,—alguna gran desgracia está sucediendo á mi señora la condesa. Corramos...

—¿Adónde váis tan de prisa?—repuso el paje

detiéndola;—¿y quién me paga mi recado? ¿quién escucha las nuevas que traigo? ¿quién, sobre todo, me cuenta lo que os ha sucedido y la razón de haberos encontrado así mano á mano con esa columna negra?

—¿Traes nuevas?—preguntó Elvira olvidando todo lo demás.—¿Traes nuevas?

—Y buenas,—contestó el paje.—El caballero de las armas negras era el que tañía...

—Lo sé... y...

—Pero sabed que le esperé inútilmente dos largas horas, más largas que las del arenero...

—¿Inútilmente?

—Sí, pero por fin llegó.

—¿Llegó? ¿Con que no era él el?... ¡Yo os bendigo, Dios mío!... Sigue.

—¡Si le viérais qué agitado! descompuesto el cabello, espantados los ojos, entró en su cámara y no me vió.—¡Negra suerte!—exclamó, y despedazó con sus manos el laúd que traía cruzado sobre la espalda.—¿No me serviréis,—dijo rompiendo las cuerdas,—sino de gemir eternamente?—Vióme en seguida.—¿Qué haces aquí?—me dijo con voz terrible; pero al reconocerme templóse toda su ira.—Paje,—me dijo entonces con voz mesurada,—¿tornas aun con nuevas demandas del hechicero?

—¡Ah! si supiérais quién me envía,—dije entonces;—si supiérais que una hermosa dama...

—Silencio,—exclamó,—no pronuncies su nombre... ¿Es posible?—Díjale entonces la comisión que me dísteis en nombre de la señora condesa; largo rato suspiró y miró al cielo sin hablar.—Paje,—me dijo en fin,—no nos veremos más. He creído que mi brazo podía ser útil á una inocente; pero si es fuerte contra los hombres, es impotente contra los recursos de una ciencia misteriosa y... maldecida. El infierno me envía enemigos en medio de la soledad, y la Madre de Dios me abandona. Un acontecimiento extraordinario ha interrumpido mis avisos. He rondado la noche toda para volver á entrar en el alcázar; las órdenes más rigurosas, dadas no sé por quién después de mi salida, me han impedido verificarlo. He debido esperar á que entrase el día para que no fuese mi entrada sospechosa. Pero mañana el alba me encontrará lejos, bien lejos de Madrid. Si alguna mujer necesita mi amparo en cualquier ocasión, mal pudiera negársele un doncel de don Enrique. Dígame qué puedo hacer: por mí lo ignoro. Adiós.—Apretóme la mano de una manera, prima, que yo creí que le atormentaban otros recuerdos que los de nuestra amistad.

Envolvióse entonces en su pardo gaban, y cubriéndose con él la cabeza, oíle sollozar y salió. Hé aquí, prima, las nuevas.

—Tristes, bien tristes,—dijo pensativa Elvira.—¿Y de la condesa supiste?...

—¿La condesa? ¿Es su confidenta la que me pregunta?...

—Sí: ¿nada sabes?

—Pero, querida prima, ¿qué tenéis? vuestra palidez, vuestra agitación me asustan...

—¡Ah Jaime! la condesa es víctima en este momento de la más espantosa villanía... Volemos á su socorro: no sé adónde me dirija; la menor imprudencia mía puede comprometer su suerte y el éxito mismo de mis diligencias. Si supiera... pero la más completa oscuridad reina en todas mis conjeturas.

Meditó un momento Elvira el partido que tomaría, mientras que hacía nudos á uno de los cordones, que de su cintura pendía, el distraído paje. De pronto pareció que había iluminado su entendimiento un rayo de luz.

—No hay más recurso,—dijo,—para los casos extremos son los remedios violentos. Jaime... deja ese cordon, déjale te digo... Vamos á buscar á mi esposo: averigüemos primero qué voces corren de lo ocurrido y qué se cree en el alcázar... Después, si eres prudente, si has de ser callado, pero callado como la muerte, tú, que sabes el camino, me guiarás adonde pienso ir.

—Puede que algún día pruebe Jaime á su hermosa prima que no es tan atolondrado como le llaman.

Elvira apretó la mano del inteligente pajecillo con expresión de gratitud, y ambos salieron de la cámara que acababa de ser teatro de tan extraordinarias escenas.

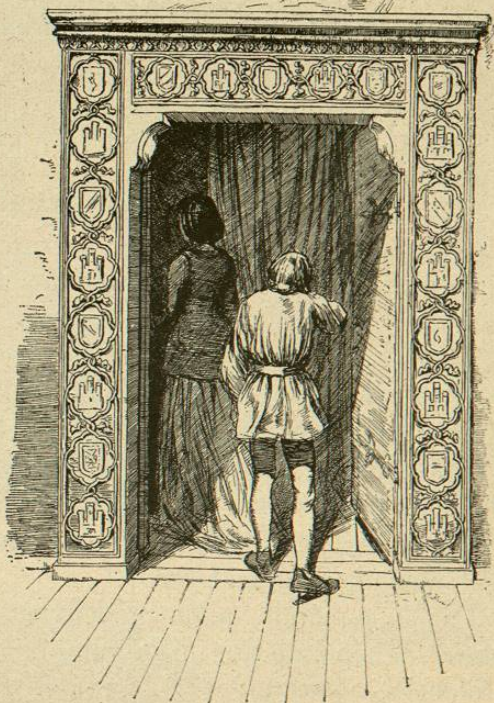
Buscó Elvira á su esposo sin más demora, porque si bien sospechaba que don Enrique hubiese tenido parte en la pérfida desaparición de la condesa, ni veía claro en esto, ni menos lo podía asegurar. ¡Tan bien se había representado por todos la farsa que dejamos descrita! Ni por otra parte, aunque á pies juntillas hubiera creído la traición del conde, cabía en su imaginación la menor sospecha acerca del extremado honor de su esposo: sabíale ligado á los intereses de su señor; pero que él hubiese tomado parte activa en el mal hecho, no le era lícito á Elvira imaginarlo siquiera.

Así era la verdad: hidalga sangre corría por las venas del escudero, y hacía vanidad de honradez y de rectos sentimientos; no era uno de los pocos hombres ilustrados de la época; no

hubiera sostenido una intrincada tesis con un teólogo; participaba de las preocupaciones de su siglo; pero era en sus acciones hidalgo, y esto es por lo menos tan recomendable como el talento. Alguna parte había tenido en el criminal proyecto de don Enrique, pero sólo aquella que no había podido excusar en calidad de escudero suyo; así que se había opuesto constantemente á las miras de su señor, habíale afeado los medios y le había reconvenido después, como arriba dejamos indicado; pero la misma probidad que le impulsaba á manifestar francamente sus sentimientos en tan delicado asunto, á riesgo de perder la gracia del conde, le impedía oponerse de hecho á sus deseos: era forzoso obedecer y callar por el propio honor del deslumbrado magnate; propúsose, pues, ser completamente pasivo y guardar el más riguroso silencio. Sospechando, sin embargo, que la primera que había de poner á prueba su fidelidad había de ser su esposa, no había vuelto á desatar las crueles ligaduras en que había quedado presa, y de que había sido él la causa, pues desde luego había manifestado al conde la imposibilidad de separarla de él y la dificultad que hubiera encontrado para realizar su voluntad, mientras Elvira pudiese obrar libremente en los primeros momentos. Había, pues, dejado á alguna casualidad que no podía tardar en sobrevenir, el cuidado de su esposa, deseoso de retardar á cualquier costa el instante de una explicación con ella, para la cual no tenía todavía muy meditadas las respuestas.

Avínole mal, no obstante, pues poco tardó Elvira en presentarse ante sus ojos, con una agitación tal, que no le pudo quedar duda al infeliz del objeto de su intempestiva venida. Hubiera él querido hallarse á cien leguas entonces de su consorte y del mundo entero, en cuyas miradas creía ver á cada paso otras tantas reconvenciones á su reservada y ambigua conducta. Repúsose, con todo, lo mejor que pudo, y ni las preguntas sencillas de Elvira, ni sus halagos, ni sus reconvenciones, lograron recabar de él la menor noticia que pudiese dar luz sobre lo ocurrido á la desconsolada hermosa. Obstinóse en negar constantemente la menor participación del conde en el robo de la condesa; en una palabra, manifestó con toda entereza hallarse en la misma ignorancia que la corte toda, y aun se indignó con notable aire de verdad á la menor idea de sospecha presentada por Elvira. Comenzaba ya ésta á dudar si serían sus juicios temerarios, pero nunca pudo

convencerse á sí misma; vió además á don Enrique, y parecióle que brillaban al través de su aparente dolor sentimientos de otra especie. Difícil cosa es, por cierto, engañar la natural penetración de una mujer: la inutilidad de los esfuerzos del de Villena para dar con los robadores y el horrible atentado cometido en una mujer que á nadie había hecho daño, reunidos á los antecedentes particulares que de aquel matrimonio desgraciado sólo ella acaso tenía,



la hacían ver más claro en tan atroz intriga que todos los demás. Inexplicable fué su dolor cuando llegó á sus oídos la funesta nueva, que de boca en boca corría por el alcázar, de la desdichada muerte de su señora: afirmábanse al recordarla todas sus sospechas, ardía en deseo de venganza, y la idea de la impunidad la hacía padecer tormentos imponderables. Resolvióse, pues, á realizar el plan que tenía meditado, arriesgado en verdad, y delante del cual había retrocedido muchas veces. El amor, en fin, que á la condesa había tenido, una voz superior y celestial que creía oír continuamente, pidiéndole venganza y reparación, la hicieron creer que el cielo mismo y que su conciencia la obligaban á volver por la inocencia, y constituyóse entonces campeón de la ultrajada virtud. Seguida del inquieto paje, que, tan asombrado como ella, lloraba también la desgracia de doña María de Albornoz, entróse en su aposento, donde la dejaremos poniendo los medios que más propios creía para dar cima á la importante empresa que sobre sí tomaba, sin comprometer su honor por otra parte, su virtud y hasta su misma tranquilidad.

CAPITULO DÉCIMOCUARTO

Contadme vuestros enojos;
No toméis malencolía;
Que sabiendo la verdad
Todo se remediaría.

Rom. del conde Alarcos.

En la misma postura que el paje refería haber dejado al melancólico doncel, envuelto en su gabán hasta los ojos y roto á sus pies el laúd, permanecía cuando se presentó delante de él Hernando, diciéndole con su acostumbrada sequedad:

—¿Lloras, señor? Levanta la cabeza y mira, que ó yo entiendo poco de rastro, ó se te viene la res por sí sola á tiro de tu venablo.

Alzó la frente el consternado mancebo, y vió á pocos pasos de él una figura envuelta en un ropón negro y cubierta la cara con la mascarilla que usaban en aquel tiempo las damas cuando salían, sobre todo, de su casa ó cuando habían de hablar con caballeros desconocidos.

—¿De qué res hablas, Hernando? ¿Quién es esta dama?—preguntó desembozándose con enfado el doncel.

Miróla entonces de alto abajo, y reparando que su silencio podía indicar que no venía á hablarle con testigos:—Retírate, Hernando,—dijo;—yo te llamaré cuando te haya menester.—Cogiendo entonces de una mano á la dama, hízola entrar en su cámara. Luchaban en su fantasía mil encontradas ideas.

—Señora,—le dijo con voz mesurada y tímida,—sola estáis: si alguna revelación tenéis que hacerme, si alguna ocasión tenéis que proporcionarme en que pueda seros útil mi débil brazo, hablad: no en vano os habéis dirigido á un caballero de la corte del ínclito y poderoso rey de Castilla.

—Caballeros tiene la corte de don Enrique que pudieran desmentir la hidalguía de vuestras palabras,—repuso la tapada, con voz que desfiguraba enteramente la mascarilla que cubría su rostro.

—Nombradlos, señora; si algún caballero ha mancillado el nombre de una orden de caballería, él me dará razón y satisfacción...

—No os alteréis, y oídme. Sí, caballeros hay, y cerca de nosotros, que amancillan la clase á que pertenecen. Ni la sangre que corre por sus venas, ni el nombre ilustre que ostentan, ni la dorada cuna en que se mecieron, son rémora bastante á sus desenfrenados deseos. ¿Conocéis á la condesa de Cangas y Tineo, á la ilustre doña María de Albornoz?...

—¿Sería posible? ¿Seríais vos, señora?...

—¡Pluguiese al cielo! Pero ni soy la condesa... ni...

—¿Quién sois, pues, vos la que en su nombre?...

—Templad vuestro ardor, noble caballero, y dadme palabra de oirme y de no indagar quién yo soy...

Latía violentamente en el pecho el corazón de Macías: miraba una y otra vez á la desconocida: no osaba, sin embargo, afirmarse en sus sospechas.

—Con esa palabra proseguiré en mi demanda,—dijo la dama. Contóle en seguida al caballero, que de todo estaba ignorante, cuanto de la condesa se decía...

—¡Muerta la condesa!—exclamó Macías al llegar al funesto desenlace de tan triste historia.—Y vive el conde todavía... y!...

—¡Silencio! He aquí el objeto de mi venida. La tiranía, la injusticia piden reparación. Mañana una amiga de la condesa se arrojará á los pies del rey y denunciará la traición. Acaso será preciso que un caballero salga fiador con su espada de su acusación. ¿Estaréis mañana en la corte de don Enrique?...

—¿Qué me pedís, señora? Cuando pensaba alejarme de esa funesta corte...

—¿Alejaros?—dijo con un movimiento de sorpresa la dama;—¿alejarnos?—repitió, lanzando un amargo suspiro.

—¡Ah! señora, ¿ignoráis,—repuso el doncel

con la mayor agitación,—que mi tranquilidad depende acaso de mi marcha precipitada?...

—¿Y dejaréis á la inocencia ser presa de la traición?...

—Jamás; pero...

—¿Y sabéis vos, por ventura, poco generoso mancebo, lo que en este momento sacrifica la que tenéis ante vuestros ojos, los respetos que atropella, los riesgos á que se expone?...

—Acabad, santo Dios, ¿quién sois? vos, vos... no hay duda...

—Caballero, respetad mi silencio y mi dolor. Acabemos: he procedido de ligero cuando he creído que...

—No, no; mañana estaré en la corte de don Enrique. Una sola gracia os pido. Si he de ser vuestro caballero, dadme una prenda, señora, un color...

—¡Mi caballero!—interrumpió la dama.—El caballero seréis de la inocencia: el mío es imposible...

—¡Imposible! Elvira, vos sois...

—Soltad, imprudente joven, soltad. ¿Por dónde presumís que soy la esposa del escudero? Vuestra imaginación os engaña, y acaso vuestro deseo...

—¡Me engaña!... Mi deseo, señora, es de servir á esa dama, que conozco, como pudiera conocer...

—Vuestra turbación os delata; pero esa imprudencia permanecerá oculta en mi pecho. Conozco á esa Elvira, y su honor me es harto caro...

—Nunca podría padecer su honor...

—Bien, ¿qué nos importa Elvira? La prenda que me pedís, si mañana, ante la corte toda, el rey decreta el duelo y el juicio de Dios, la tendréis; pero ni os podréis nombrar mi caballero ni exigiréis de mí que me descubra. Básteos saber que conozco demasiado á la dama que nombrasteis, y que sé, doncel, que ella no viniera á vos.

—¿Eso sabéis?

—Lo sé.

Dejó caer Macías al oír estas dos palabras, pronunciadas con funesta tranquilidad, la mano con que tenía asida una punta de la ropa de la tapada, como para detenerla. Inclinando en seguida la cabeza, declaró que al día siguiente se hallaría en la corte de don Enrique, y ofreció su mano á la desconocida: aceptóla ésta para salir, pero un notable temblor la agitaba: oprimióla suavemente el doncel, como si quisiese tentar este último y desesperado recurso para salir de su terrible duda: un movimiento involuntario y convulsivo correspondió á su indicación, y en el mismo momento la tapada, volviendo en sí, arrancó su mano de la del doncel y se lanzó fuera de la estancia. Arrojóse en pos Macías: iba á prosternarse á sus pies, iba á hablar, pero un ademán imperioso de la negra fantasma le mandó apartarse, y más rápida en seguida que esas rojas exhalaciones que surcan el espacio en una oscura noche de estío, desapareció á sus ojos la aérea visión. Macías creyó ver un ser sobrenatural, la sombra acaso de la misma condesa; permaneció con los brazos cruzados y la vista fija, como si quisiese ver más allá de la oscuridad y de la distancia. Entonces oyó un suspiro lanzado á lo lejos, y parecióle que al desaparecer de sus ojos en el confín del corredor, se había reunido la dama á otra figura más pequeña que allí la estaba sin duda alguna esperando.

—*Sé, doncel, que ella no viniera á vos,*—repetió un momento después Macías con doloroso acento.—Yo también lo sé: nunca me amó. ¿Ni cómo pudiera amarme? ¿no amaba á ese feliz escudero cuando se unió á él en indisolubles lazos? ¡Loco, insensato de mí! Ah, quien quiera que seas la que vienes á implorar mi espada, ¡cuán poco conoces el corazón del hombre! ¡un amante correspondido, un mortal feliz es invencible; á un miserable despedido y aborrecido un niño le vence!!!



CAPÍTULO DÉCIMOQUINTO

¿De dónde vino este diablo?
Rom. del Cid.

De vuelta don Enrique en su cámara con su primer escudero y con su favorito juglar, revolvía en su cabeza los medios de dar á su intriga la feliz conclusión que por tanto tiempo había deseado. Estorbábale la idea de Macías, pero dejó al tiempo el cuidado de iluminarle acerca de lo que de él podía temer. Despidió, pues, á Hernán, cuya probidad le incomodaba no poco para sus fines, y sólo el juglar, de cuya aparente estupidez nada recelaba, entró con él al secreto laboratorio.

—Libres estamos ya de la condesa, Ferrus,—dijo;—pero merced á tu singular valor, quedanos en campaña otro enemigo no menos terrible...

—¿Eres ya maestre, señor?...

—Lo seré, Ferrus, ó poco ha de poder don Enrique de Aragón: acabo de recibir un aviso secreto de que ha sido elegido papa en Aviñón don Pedro de Luna, bajo el nombre de Benedicto XIV. Esperaba este favorable acaecimiento de un momento á otro. Luna es aragonés, como yo, y vínculos antiguos de amistad nos unen: la lucha que habrá de sostener además con Urbano en este cisma de la Iglesia, y la necesidad que tiene de Castilla y Aragón, unida á la influencia que él sabe que ejerzo en estos dos reinos, me aseguran su provisión para el maestrazgo; la piedad, por otra parte, de don Enrique III no podrá menos de pesar en la balanza